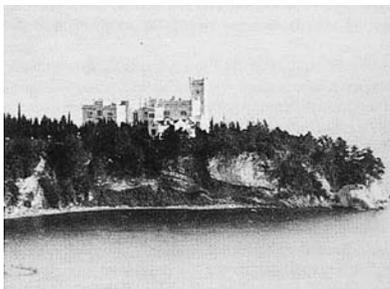


Todos los caminos llevan a Trieste

David Miklos

A Carolina Montejo, aquí



*And look –remember?– across the water
a small white castle stands, all alone, like a castle in a trance.*

Jan Morris, Trieste and the Meaning of Nowhere.

Trieste es un accidente. De su breve época de esplendor, un día sobresale en la fugaz historia imperial del puerto bicéfalo: el 2 de julio de 1914, cuando el SMS *Viribus Unitis* atracó en el muelle de San Carlo y se desembarazó de su carga fatal, el cadáver del archiduque Franz Ferdinand –sobrino y heredero del emperador Franz Joseph–, asesinado junto con su esposa, Sofía, cinco días antes en Sarajevo, ciudad que, entonces, aún era austriaca –y favorita de Sissy, la emperatriz–. Ese día las calles de Trieste se vistieron de luto y se abarrotaron de gente: los observadores de la procesión fúnebre que llevó los ataúdes del archiduque y su esposa a la estación de tren, de donde partieron hacia Viena y su ocaso, mientras un par de fantasmas los miraban desde un solitario palacete blanco, una atalaya situada al otro lado del golfo. Ese día, también, puede afirmarse

que la historia mínima de Trieste llegó a su final, no sin dejar una marca, quizá tenue, en la mayúscula historia de la humanidad. Esa marca, hoy, no puede ser otra cosa sino un *shul*, la impresión o el registro, la marca de algo que solía estar allí, si hacemos caso a esta palabra del tibetano, rescatada por Rebecca Solnit en *A Field Guide to Getting Lost* (Nueva York: Penguin, 2005). Pero fue antes de leer a Solnit que me perdí en el vacío fósil de Trieste, sin más guía que el instinto y el reciente aprendizaje de que, hacia unas horas y de manera accidental, había arribado al día preciso en el que daba inicio el resto de mi vida, que entonces contaba ya con 31 años.

Antes del boleto de tren que compré en la estación veneciana de Santa Luzia, apareció ante mis ojos la portada del libro, una imagen en sepia de un palacete blanco situado en un promontorio, en el cabo de una pequeña y calma bahía. El título llamó mi atención de inmediato: *Trieste and the Meaning of Nowhere*. De su autora, Jan Morris, no tenía noticia. La primera vez no lo tomé y me contenté con ver su aparición reproducida en varias decenas en el muro de novedades de la Waterstone's de Charing Cross Road, Londres, ciudad en la que pronto terminaría mi estancia de cerca de dos años. Era septiembre de 2001 y las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York, súbitas y frescas ruinas, todavía no eran un *shul* en la memoria colectiva. El título del libro de Morris, sin embargo, me hizo olvidar por un momento el espanto perenne de aquellas semanas y el silencio en el espacio aéreo londinense: la posibilidad de que existiera un lugar que fuera ninguna parte me trajo una paz insólita, un hallazgo cuyo significado y peso específico existencial no tardaría en descifrar. No tomé el libro esa primera vez, pero sí la tercera, luego de haberlo sopesado en más de una ocasión. Lo llevé a la caja, pagué 16 libras con 99 peniques y me fui a leer a una banca del Kyoto Garden de Holland Park, un refugio abierto a la inclemente intemperie otoñal. Allí comenzó el viaje, mi viaje al puerto, el descubrimiento de que todos los caminos me llevaban a Trieste.

(Viajaría a Venecia, un viaje planeado antes de todo esto —el descubrimiento del libro de Morris, la certeza de mi pronto regreso a México, los atentados del 11 de septiembre de 2001—, y la excusa de mi viaje no era conocer la ciudad de los canales, como me decía entonces, sino atender una exposición de buena parte de la obra de Balthus, reunida en el Palazzo Grassi. De Venecia, me decía

entonces, me bastaban mis lecturas: la *Marca de agua* de Joseph Brodsky, el relato del centauro Sergio Pitol en *El arte de la fuga*, *The Comfort of Strangers* de Ian McEwan y, claro, la *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, aunque interpretada por Dirk Bogarde en el cine y no tanto por Gustav von Aschenbach en la literatura. ¿Quién no conoce Venecia?, me preguntaba entonces, arrogante y soberbio, y me dejé llevar por la fantasía de que eran el conde Balthazar Klossowski de Rola y sus *nínfulas* los que me llevaban allí, a los canales en los que el peso de la historia se hundía cada vez más. Venecia, sobra decirlo, me impresionó al grado de la conmoción, pero no fue más que la cara escala de mi accidental viaje a Trieste, así que dejemos a Venecia en este paréntesis y prosigamos con el trayecto a mi *shul* íntimo.)

El destino final del tren era Budapest, una de mis ciudades originales. Todo en el compartimiento, vacío, estaba escrito en húngaro. El paso a tierra firme fue lento, pero una vez llegados a Padua la locomotora aceleró y el viaje tomó un ritmo estable. La primera aparición, una postal vuelta a la vida, no tardó en llegar: un castillo con una bandera izada en su torre única: Duino, allí donde Rainer Maria Rilke –importante figura formativa de Balthus, de cuya madre el poeta fue amante– escribió sus *Elegías*, guiado por la voz de los ángeles. Pasado el sobresalto, la segunda aparición aplacó aquélla del castillo enano: el palacete de Miramar, no en sepia sino a colores –siempre blanco–, como una epifanía. La visión fue ínfima, pronto el tren se internó en un túnel y, casi sin darme cuenta, llegamos a Trieste Centrale, escala para la mayoría, estación terminal para mí. Apenas me apeé del vagón, solicité indicaciones para volver sobre mis pasos y llegar al palacete de Miramar, antes incluso de conocer la antigua Piazza Grande, abierta al Adriático. Antes de caminar por las calles de Trieste, vería el puerto desde la distancia, una distancia doble, tanto temporal como geográfica.

En 1863, mucho antes de que asesinaran a Franz Ferdinand en Sarajevo y su cadáver fuera paseado por las abarrotadas calles de Trieste, el otro archiduque de Habsburgo, Maximiliano, cercano a nosotros, firmó su sentencia de muerte ante una delegación mexicana sobre una mesita con motivos romanos, regalo del Papa a los futuros emperadores de ultramar. La mesita sigue allí, un adorno más de la biblioteca de Maximiliano y Carlota, ubicada en el paso que lleva de la pequeña habitación de él, austera y modelada como un camarote de

barco, a la gran habitación de ella, fastuosa como la de una reina. Desde Miramar, Trieste se ve como lo que es: un lugar apacible, al pie del monumental carso. Se ve vacío como se ve cualquier lugar que aún no se conoce en la memoria: vacío de transeúntes y de coches que circulan por sus calles, un vacío estático. Pero el vacío de Trieste es ominoso, es un vacío que se niega a serlo del todo. El palacete fue construido por Maximiliano tras su obligada partida de Viena, una suerte de retiro temprano en donde el archiduque pasaría el resto de sus días dedicado a su esposa y a la jardinería, al borde del mar y con la visión de los barcos que llegaban al puerto del imperio que lo había rechazado de su seno. Maximiliano ignoraba, entonces, que sería coronado Maximiliano I de México y que del palacete de Miramar se mudaría al palacio de Chapultepec, ubicado en un cerro y con vista al amplio valle que otrora albergara un lago, un pequeño mar interior. Maximiliano llegó al puerto de Veracruz, y a la adversidad, el 28 de mayo de 1864; fue fusilado en el cerro de las Campanas, en Querétaro, poco más de tres años después, el 19 de junio de 1867. Carlota, enloquecida, regresó sola al *shul* de Miramar, a la expectación de Trieste y su vacío accidental.

Pasadas ambas Guerras Mundiales, Trieste se convirtió en tierra de nadie, habitada por los que habían sobrevivido al arrasador paso de la historia temprana del siglo XX por Europa, así como por militares de nacionalidades variopintas. Entre estos se contaba James Morris –nacido el 2 de octubre de 1926–, soldado galés al servicio de Gran Bretaña, que allí descubrió su vocación de historiador y viajero, antes de cambiarse el sexo y el nombre a Jan Morris, autora de *Trieste and the Meaning of Nowhere* (Londres: Faber and Faber, 2001), el último libro que entregaría a su editor y a la imprenta, fin de su periplo como habitante de una Europa que no es más, poseedora de un *shul* convertido en varias decenas de libros. Y como quiere Morris, Trieste es ninguna parte: austrohúngara de origen, italiana por accidente, eslava de corazón, inicio de la Europa central en un sentido geográfico –en un borde de la península de Istria–, *melting pot* de lenguas, costumbres y nacionalidades, ciudad de paso –y hogar– de la historia y el arte, así como de varios de sus más notables protagonistas: Sigmund Freud, James Joyce, Stendhal, Richard Burton, Umberto Saba, Italo Svevo, Plon-Plon Bonaparte, Claudio Magris, Julio Verne, los ya mentados Habsburgo...

Todo esto lo ignoro aún. Es 24 de octubre de 2001 –hace poco más de un lustro–, escribo en un pequeño cuaderno Silvino rojo, *British made*, sentado a una mesa del café Stella Polare, a un paso del Canal Grande y la iglesia de San Antonio, tras mi visita a Miramar y a la doble distancia que separa al palacete de Trieste, a México de Europa, a mí de mi ubicuo origen. No lo sé entonces, pero me contiene un *shul*, un *shul* que, a su vez, está contenido en mí, otra doble distancia, derecho y revés. De pronto, entiendo: si pudiera elegir una nacionalidad, elegiría la triestina. Sólo entonces, salgo a las calles del puerto, me interno en el Adriático sobre el Molo Audace, me vuelvo a ver la ciudad y, sin saberlo aún, comienzo a escribir estas líneas y las demás que escribiré a partir de aquel día del comienzo del resto de mi vida. *Ø*

